

ANTES vieron la fábrica y la casa y el huerto
junto al jardín en donde un hombre
descalzo se afanaba, y el almuerzo fue vivo
con el sol de la costa acodado a la mesa,
cuscús y vino buenos.
la vajilla andaluza y la memoria
reciente de la Casbah funeral, abrasada,
desierta y alta sobre el mar, demolido sepulcro
con dos camellos a la puerta.

“¿Cómo puedo perder yo todo esto?”,
dijo entonces el dueño sin teatralidad
ni gran rencor,
“¿30 años luchando con esta fábrica para que ahora me la expropien
llos moros?”.

Y nadie dijo nada pero rozaron el mantel
los llantos de boabdil El Chico o, más, la estoica queja
de Mutasim, rey de Almería,
cuando en su alcoba misma litigaban por el botín
quienes de todo lo desposeyeron:
muy al Sur de Marruecos, en una ciudad sísmica olvidada junto al
[Atlántico,
un conservero almeriense recibía a 10 siglos la vuelta de una historia
aunque entre sus mayores se pudiesen tal vez contar
Mutasim mismo y quienes lo vencieran.

FERNANDO QUIÑONES